

PRÓLOGO

La atención al valor expresivo de las etimologías de los nombres propios tuvo atentos cultores entre algunos grandes autores castellanos del primer Renacimiento, como testimonian la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, la *Cuestión de amor* o *La Lozana Andaluza*¹. También Juan de Valdés se interesó por las sugerencias que el tópico del *nomen omen* ofrecía a la creación literaria, dedicando en el *Diálogo de la lengua* un homenaje —tan discreto como de capital importancia para la exégesis de este coloquio— a la larguísima tradición de los “nombres significantes”. Estos usos literarios modernos se fundamentaban en el ilustre legado clásico y postclásico, que ofrecía hitos como el *Cratilo* de Platón y las *Etymologiae* de Isidoro de Sevilla, las soluciones poéticas de Virgilio y Dante², la clasificación retórica de Cicerón en *De Inuentione* I, 34 —donde se incluye esta tipología etimológica entre los “atributos” de la persona—, y de Quintiliano, quien, «a su vez, adopta también este *argumentum*, pero con la sabia limitación de que sólo puede emplearse para los títulos de honor»³, y la definición jurídica en el corpus justiniano («nomina sunt consequentia rerum»⁴).

Si la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, la *Cuestión de amor* o *La Lozana Andaluza* son eficacísimos ejemplos de la vigencia del procedimiento de la onomancia, y de otros similares, como propulsores de la ficción

¹ Ver para la *Celestina*, Cherchi, 1997, para la *Cuestión de amor*, la introducción de Vigier a su edición, 2006 y para *La Lozana Andaluza*, la introducción de Allaigne a su edición, 1985.

² Ver el excursus XIV, «La etimología como forma de pensamiento» de *Literatura europea y Edad Media Latina*, Curtius, 1955, pp. 692-699.

³ Curtius, 1955, p. 693.

⁴ Justiniano, *Institutiones*, II, 7, 3.

y productores de significado, el *Diálogo de la lengua* persigue y obtiene estos mismos resultados ateniéndose a los postulados retóricos de Cicerón y Quintiliano. Sea en el caso de los tres primeros textos, con sus virtuosísticas soluciones para los nombres de los personajes, sea en el caso del *Diálogo de la lengua*, los juegos etimológicos con los nombres propios afectan profundamente a la semántica de las obras, gracias a mecanismos que recuperan y renuevan algunos de los usos que las retóricas y las poéticas de la Antigüedad ya habían catalogado como dimensiones artísticas de la antroponomástica.

Recordemos, además, que estos no son casos aislados en la serie literaria hispánica de época áurea: en la aurora del Renacimiento, también los libros de caballerías ofrecen un panorama extenso de un gusto que llegará hasta Cervantes;⁵ y, por otra parte, el lema *nomen omen* tiene eclosiones geniales en la literatura didáctica dialogal del siglo XVI, como testimonia fray Luis de León en *De los nombres de Cristo*, cuyo contenido hereda una larga tradición filosófica, filológica y mística que «comienza ya en el Génesis —II, 19-20—»⁶.

El presente estudio indaga por primera vez el caso del nombre etimológico que en el *Diálogo de la lengua* acuñó Valdés para designar a uno de los interlocutores: el llamado en el manuscrito más antiguo «Martio»⁷, que es el principal de los tres que conversan con el personaje denominado «Valdés». Si bien el autor pudo tomar en consideración la tipología nominal “significativa” que Erasmo utiliza en los *Colloquia*⁸, las resonancias mitológicas del nombre «Martio» y las circunstancias en que nació el *Diálogo de la lengua* (en Nápoles, hacia finales de 1535)⁹ ponen

⁵ Para los libros de caballería, ver el reciente estudio de Coduras Bruna, 2015; para el Quijote, también las notas referidas al tema en las ediciones de Clemencín y Rico y los estudios de Redondo, 1998 y Avalle Arce, 1975, entre otros.

⁶ Cristóbal Cuevas en su introducción a fray Luis de León, 1986, p. 87.

⁷ Biblioteca Nacional de España, ms. 8629, f. 3.

⁸ Sobre el valor de este uso en Erasmo, ver Smith, 1927; Cecilia Asso, en su edición de los *Colloquia*, 2002, aclara que no dará una interpretación sistemática de este uso porque, aunque la «scelta dei nomi degli interlocutori è varia e brillante [...] a volte fa riferimenti agli amici di E., a volte ha significato simbolico, a volte è casuale», Asso, 2002, p. 1392.

⁹ Valdés iba a vivir aquí la etapa más granada de su vida. La fecha de esta segunda llegada de Valdés a Nápoles está documentada en la primera carta que conservamos de su correspondencia con Ercole Gonzaga, fechada el 18 de septiembre de 1535. Valdés escribe al cardenal ya desde la capital del Regno, tras la visita de un día a Giulia Gonzaga en Fondi: Valdés, 1997, pp. 942-943 (942).

en conexión este nombre etimológico con el generalizado uso de los sobrenombres que practicaban los humanistas en Italia y en toda Europa y, con especial énfasis, los miembros de los cenáculos napolitanos, herederos de la tradición aragonesa pontaniana.

Las páginas que siguen se sustentan precisamente en este, si bien pequeño, a mi entender, decisivo detalle: tras el juego etimológico del nombre de «Martio», emerge la clara silueta de la persona histórica a quien Valdés quiso honrar con tal sobrenombre, y de la poderosa imagen social y cultural de dicha persona depende, a su vez, el sentido general del coloquio valdesiano.

Valdés cuidó mucho la composición estructural del *Diálogo de la lengua*: junto a Martio, los otros dos personajes ficticios, Coriolano y Pacheco, son igualmente máscaras de otras personalidades ilustres muy cercanas, respectivamente, al mismo Martio y a Valdés. Las proyecciones en los personajes ficticios del texto del *Diálogo* de tales siluetas humanas y de sus respectivos contextos son riquísimas y condicionan el campo de significación de esta obra maestra del Renacimiento. En efecto, el sistema de personajes del *Diálogo de la lengua* contiene la representación de un luminoso momento de encuentro entre imperiales españoles e italianos, en coincidencia con la estancia de Carlos V en Nápoles tras la jornada de Túnez (desde finales de noviembre de 1535 al 23 de marzo de 1536)¹⁰. Es este el contexto del que surge la propuesta lingüística valdesiana: el *Diálogo de la lengua*, cuya atmósfera emocional refleja el clima de felicidad que se respiraba en la ciudad durante la estancia del emperador¹¹, afronta el problema de la comunicación entre las élites del

¹⁰ «Su Mag.t está muy contento de este pueblo. Mañana lo quiere pasear todo. La gente está muy satisfecha de ver el contentamiento de S. M.t», carta de Valdés al cardenal Ercole Gonzaga, Nápoles, 1 de diciembre de 1535 (Valdés, 1997, pp. 974–975 [974]). Carlos V, que había llegado a las puertas de Nápoles el 22 noviembre de 1535, en su correspondencia con la emperatriz —cartas del 18 de enero y del 20 de febrero, respectivamente—, declara su intención de partir en enero y, sucesivamente, en febrero (ver Fernández Álvarez, 1973, pp. 453 y 474). Como queda dicho, permanecerá en la capital hasta el 22 de marzo de 1536. Valdés también informa en varias misivas al cardenal Gonzaga de sucesivas fechas: «Todavía S. M.t está en partirse de aquí antes que salga este mes que viene, pero yo no lo creo, porque no veo cómo», Valdés, 1997, p. 985, carta del 26 de diciembre de 1535.

¹¹ Gracias al estudio atento de las filigranas de las cartas del manuscrito del *Diálogo de la lengua* conservado en la Biblioteca Nacional de España con signatura 8629 —el llamado *M*— sabemos con seguridad que la fecha de la redacción última, calculada con precisión por Cotarelo y de manera más sistemática por Laplana, se

Regno y la corte imperial, en sincronía con esa presencia del rey en su capital y los individuos retratados en sus personajes ficticios son los que estaban en mejores condiciones, personales y profesionales, para comprender las posibilidades de la andadura de la lengua castellana como lengua cortesana imperial en Italia.

El cambio de clima político y moral —que, ya en la primavera de 1536, durante las semanas pasadas por Carlos en Roma, dejaba entrever imágenes de guerra entre el Imperio y Francia—, pudo influir en el destino del *Diálogo de la lengua* pues, con las nuevas circunstancias, Valdés quizás no halló estímulos suficientes para dar a los torques el texto revisado. Pero pudieron ser otras las razones de su displicencia hacia las prensas: cierta voluntad de imitar a su difunto hermano Alfonso —cuyos diálogos habían tenido y seguían teniendo una amplia difusión manuscrita—¹², o su adecuación a una praxis frecuente en los ambientes intelectuales humanistas romanos y napolitanos en los que se movía: varios autores de coloquios sobre la *questione della lingua* a quienes Juan de Valdés leería y a los que quizás llegó a tratar (Claudio Tolomei, Pierio Valeriano y otros) divulgaron sus textos de forma manuscrita y lo mismo ocurrió con las obras de los humanistas meridionales que el conquense retrató en el *Diálogo de la lengua*, impresas todas en ediciones tardías o póstumas, siguiendo un uso frecuente en la Italia del primer Cinquecento. Con todo, cabe pensar también que el *Diálogo de la lengua* no llegara a imprimirse por algún contratiempo concreto, surgido en torno a las cualidades representativas del mismo texto (entre ellas las del retrato ‘realista’ del personaje Pacheco).¹³

El ritmo creativo de Valdés en esos primeros tiempos de su regreso a Nápoles en el verano de 1535 fue muy intenso: en la primavera de 1536 el conquense se concentra ya en otro proyecto literario, pues en los mismos días en que el emperador se despedía de Roma y precipitaba su vuelta a España mientras preparaba la guerra en Provenza, Juan escribe para Giulia Gonzaga el *Alfabeto cristiano*, en el que se refleja a sí mis-

sitúa entre finales de 1535 y principios de 1536, por lo que su creación coincide con la estancia en Nápoles de Carlos V, lo que hay que tener en cuenta a la hora de valorar las relaciones entre el texto y el contexto que lo generó.

¹² Las razones de la decisión de no dar a los torques el *Diálogo de Lactancio y un arcediano* las explicaba Alfonso de Valdés en una carta a Erasmo firmada en Barcelona el 15 de mayo de 1529, recogida por Menéndez Pelayo, 1954, pp. 753-754.

¹³ Una hipótesis fundada en datos del manuscrito 8629 que contempla esta posibilidad, será expuesta en el capítulo V.

mo dedicando todas sus energías a un novedoso magisterio espiritual (que imparte también en lengua castellana). Este diálogo íntimo entre el humanista español y la condesa de Fondi iba a tener, igualmente, su primera difusión de forma manuscrita, mientras Valdés recorría, decidido, su camino como director de almas desde esa primavera hasta su muerte en julio de 1541. El uso por parte del conquisador de su lengua madre como vehículo comunicativo en su praxis pastoral abría nuevos caminos internacionales al romance castellano: la cuestión de la lengua española como lengua cortesana y diplomática en Italia, tras motivar el *Diálogo de la lengua*, desvelaba en el *Alfabeto cristiano* una dimensión *a lo divino*, entre otras consideraciones porque el magisterio espiritual del «Dottore e Pastore di persone nobili e illustri»¹⁴ nunca dejó de ser, en cierto modo, una cuestión cortesana y diplomática¹⁵.

La menor difusión del *Diálogo de la lengua* respecto al *Alfabeto cristiano* y a otras obras religiosas escritas por Juan de Valdés en Italia ha influido seguramente sobre su recepción crítica¹⁶. Ha parecido, por ello, a quien esto escribe, un trabajo útil revocar alguno de los efectos que su eclipse produjo: aclarando las identidades históricas que se vislumbran tras los nombres de los personajes del *Diálogo de la lengua* gracias a la *interpretatio nominis*, podremos contemplar este simposio a la luz del ambiente humanístico napolitano que el autor tomó como escenario y materia viva del mismo y podremos apreciar también el resplandor que la morada cultural de la familia Pacheco seguía proyectando, a las alturas de 1535, en el espíritu de Valdés.

¹⁴ Celio Secondo Curione, *A tutti quelli i quali sono santificati da Dio Padre e salvati e chiamati da Giesu Christo nostro Signore*, Valdés, J., *Le cento & dieci divine considerazioni del signor Giovanni Valdesso*, f. [a6]. Ejemplar de la Biblioteca Nacional de España, sig.: Uoz/10230.

¹⁵ Ver Firpo, 2016, pp. 42-57 y Crews, 2008, pp. 136-142.

¹⁶ El *Diálogo de la lengua* fue leído en Italia en ciertos ambientes de los mismos *Spirituali*: Benedetto Varchi, por ejemplo, poseyó una copia (ver Firpo, 2016, p. 88; Caponetto, 1979, p. 41 y *passim*). La obra pudo recibir menos atención por parte de los discípulos que tomaron a su cargo la primera divulgación de las obras religiosas de Valdés, quienes no tuvieron reparos en arriesgarse para favorecer la difusión de estas últimas: ver, Firpo, 2016, pp. 171-216; ver también, a propósito de la *officina* organizada por Galeota para propagar el legado religioso de Valdés, Lopez, 1979; sobre la actividad en tal sentido de Vittoria Colonna, Donati, 2019, pp. 141-143.